

## **María en el Misterio de Cristo. Cristo en el Misterio de María**

Antonio M<sup>a</sup> Calero de los Ríos, S.D.B.  
*Inspección Salesiana María Auxiliadora. Sevilla*

### INTRODUCCIÓN

En la relación ‘Misterio de Cristo-Misterio de María’, pueden darse, y de hecho se han dado posturas mentales de disyuntiva excluyente (Cristo o María, Cristo sin María, María sin Cristo), y otras de justa y legítima dialéctica (Cristo y María, cada uno en su función y, por consiguiente en su lugar).

En efecto, en la Iglesia se han dado, y pueden seguir dándose algunas posturas según las cuales, el Misterio de Cristo se estudia y hasta se profundiza prescindiendo en la práctica, si no absolutamente de la persona de María: poco menos como si Cristo hubiera venido de una galaxia lejana y desconocida, en definitiva, no humana. Sería, en el fondo, una postura claramente monofisita o doceta<sup>1</sup>. Se da, por otra parte, particularmente en el ámbito de la Religiosidad Popular, la postura de aquellos que presentan la Persona de María y su subsiguiente Misterio de tal forma acentuada, central y casi exclusiva en sí, que prescinden y hasta llegan a desconocer en la práctica el Misterio de Cristo. Se ensalza a María hasta hacerla “protagonista” en la Iglesia, substituyendo, eso parece, al mismo Cristo. Es una postura en el fondo nestoriana: falta la relación esencial y por eso mismo impres-

---

<sup>1</sup> No era esa precisamente la visión teológica de Santo Tomás en la Suma Teológica. Efectivamente, en la IIIª Parte de la Suma (qq. 27-35) trata el Tema de María, formando parte del cuerpo de artículos en los que analiza y profundiza el Misterio de la Encarnación de Cristo. No juxtapone los dos Temas (Cristo y María), sino que inserta el Misterio de María precisamente en el Misterio de Cristo, como dos vertientes de una misma y misteriosa realidad misteriosa.

cindible de María con Aquel que está puesto por Dios como “fundamento, centro, y culmen” de todas las criaturas (Cf. Col 1,15-17; Jn 1,3; Hb 1,3).

Frente a estas dos posturas, igualmente inaceptables desde el punto de vista de la fe y de la doctrina de la Iglesia, encontramos la postura de los que, en virtud del misterio de la Encarnación del Verbo, piensan que tan imprescindible es Cristo para entender en toda su profundidad el Misterio de María, como lo es la persona de María para entender, en toda su riqueza, el Misterio de Cristo. En realidad los Misterios de Cristo, Verbo encarnado, y de María, verdadera Madre de ese Cristo, están de tal manera entrelazados entre sí, que resulta imposible hablar del uno sin que el discurso quede implicado en el otro y por el otro. Son misterios que afectan singularmente a cada uno, Cristo y María, pero que no pueden ‘entenderse’ (es decir, plantearse y profundizarse mínimamente en ellos) sin que quede implicado el otro.

Efectivamente,

“el dato fundamental del Nuevo Testamento consiste en presentar la figura de María no en sí misma, sino en el misterio de Cristo, en el cual Ella asume su significado salvífico. Mientras de forma habitual la teología escolástica, con santo Tomás y Francisco Suárez, considera el conocimiento de la Madre como una necesaria propedéutica para el conocimiento del Hijo, el contexto bíblico en el que se coloca a María es siempre cristológico. Si para la Escolástica era siempre necesario hacer hincapié en el itinerario de María a Cristo (*ad Iesum per Mariam*), para el Nuevo Testamento es prioritario el camino inverso: de Cristo a María (*per Iesum ad Mariam*). Después de la elección histórico-salvífica hecha por el Concilio Vaticano II, esta segunda trayectoria resulta preferible y hasta obligatoria, porque evita a María el peligro de aislamiento y los riesgos de maximalismo o minimalismo, focalizando de forma correcta su verdadera personalidad y su misión”<sup>2</sup>.

En consecuencia, daremos un doble paso en nuestra reflexión haciendo ver, tanto la luz que recibe el Misterio de María desde el Misterio de Cristo, como la luz que el Misterio de Cristo recibe desde el Misterio de María.

---

<sup>2</sup> S. DE FIORES, *Gesù Cristo*, en Id., *Maria Nuovissimo Dizionario* 1, EDB, Bologna 2006, p. 736.

## 1. LUZ QUE RECIBE EL MISTERIO DE MARÍA DEL MISTERIO DE CRISTO

Es tradicional, y por eso mismo completamente familiar en la Iglesia la expresión *Ad Jesum per Mariam*. Menos familiar y sin embargo igualmente profunda y determinante es la expresión más recientemente formulada por varios estudiosos de la Mariología que se refieren y comentan el principio: *Ad Mariam per Jesum*<sup>3</sup>. Es decir, lo mismo que es verdaderamente determinante, entender el misterio y la persona de María en el itinerario del encuentro y conocimiento de Jesús, lo es igualmente el conocimiento de la persona y misterio de Jesús, para llegar a un conocimiento amplio, profundo y rico de la persona y misterio de María.

Por eso, como apreciación general, hay que reconocer con Juan Pablo II que “sólo en el misterio de Cristo se esclarece plenamente el misterio de María”<sup>4</sup>. Efectivamente, la reflexión y profundización del misterio global de Cristo, comenzando por el misterio de la Encarnación, le ha permitido a la Comunidad eclesial penetrar y esclarecer cada vez mejor en toda su extensión el misterio de la Madre del Verbo encarnado.

Desde toda la eternidad, dice Juan Pablo II, el misterio de María está presente en el misterio de Cristo. En el misterio de Cristo, efectivamente,

“está presente María ya ‘antes de la creación del mundo’ como aquella que el Padre ‘ha elegido como Madre de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad”<sup>5</sup>.

1. El punto de arranque de todo este tema es la dimensión divina de su Maternidad humana. No fue fácil el proceso que condujo a la Comunidad eclesial a llamar a María con plena conciencia y legitimidad “Madre

<sup>3</sup> Cf. F. Suárez sigue la línea de Santo Tomás: *Commentariorum ac disputationum in tertiam partem divi Thomae, tomus secundus, Mysteriorum vitae Christi*, Venetiis 1605, praefatio 1 (1ª ed. 1591); H. U. VON BALTHASAR, *Teodramática 3. Las personas del drama: el hombre en Cristo*, Eds. Encuentro, Madrid 1993, pp. 271-294; B. FORTE, *La esencia del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002, pp. 139-146; JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Mater* 8-9.20-21 (Roma 25 de marzo de 1987). Ya había recordado el mismo Juan Pablo II, entre otras ocasiones, en el *Angelus* del 5 de febrero de 1984, que “todo hace relación a Cristo en María, todo depende de él, todo está invadido de su misterio”.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 4.19.26.30.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 9.

de Dios” (Theotókos, en un solo y único vocablo griego)<sup>6</sup>. La maternidad de María, en efecto, tuvo indudablemente una radical y decisiva componente humana como corresponde a su condición de mujer y de madre. Pero, como quiera que el engendrado según la carne pre-existía dada su indudable condición divina, no resultaba del todo fácil y claro aplicar a María en cuanto Madre precisamente el término de Theotókos<sup>7</sup>. Gracias a la condición divina del concebido según la carne, la aportación humana de María al misterio de la Encarnación tiene una trascendencia única y exclusiva: se convirtió y es real y verdaderamente en “Madre de Dios”: Theotókos. El Logos, que procede única y exclusivamente de Dios, recibe de María un ser auténticamente humano en el tiempo y en la historia. Por eso,

“la maternidad no es aquí una simple relación natural. En este caso, el sujeto generador es una persona y es también una persona el sujeto generado, de donde surge, lógicamente, en la concepción y el alumbramiento, una relación personal entre la madre y el Hijo. En virtud de la encarnación, el Logos es el portador personal de ambas naturalezas y el principio de su unidad. El nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre no crea una relación primariamente biológica natural entre Jesús y María, sino una relación personal. Es decir, en su relación a Cristo, María no es ante todo y en primer término el principio biológico de la existencia corporal de Jesús. Es más bien la madre de una persona que subsiste en la naturaleza divina y en la humana, y lleva a cabo en esta subsistencia la unidad de ambos. De donde se sigue que a María no se la puede denominar solamente *anthropotókos* (generadora de un hombre)”<sup>8</sup>.

El misterio cristiano, por consiguiente, tiene como punto de partida innegable e innegociable, la verdadera (no aparente), objetiva (no subjetiva), integral (no parcial) asunción por Cristo de la naturaleza humana en el seno de una mujer, la Virgen María (Ga 4,4).

2. Aparece en segundo lugar la relación estrecha, íntima, determinante, del Misterio de María con el Misterio de la Trinidad en cuanto tal, y con cada una de las tres divinas Personas. El relato de la Anunciación (Lc 1,26-38), relato amplia y frecuentemente comentado por los exegetas, con-

<sup>6</sup> Como se sabe, esta denominación de María no llega oficialmente hasta el siglo V en el Concilio de Éfeso del año 431 (DH 251).

<sup>7</sup> Para un estudio amplio y bien fundamentado de este apasionante y decisivo Tema, es decir, la realidad del Misterio de Cristo en su relación e implicación con el Misterio de María, cf. J.I. GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad Nueva*, Sal Terrae, Santander 1984<sup>6</sup>, pp. 387-443.

<sup>8</sup> G. L. MÜLLER, *Dogmatik*, Herder, Barcelona 1998, pp. 504-505.

tiene una riquísima y esencial dimensión trinitaria, no siempre puesta de relieve suficientemente por todos los autores<sup>9</sup>: una nota trinitaria que, a juicio de Pablo VI, es “intrínseca y esencial”<sup>10</sup>, y en virtud de la cual se ha podido decir de María que es ‘la hija predilecta del Padre, la Madre agraciada del Hijo y el Templo viviente del Espíritu’ para señalar que la relación de María con el Dios, uno y trino, no fue una relación genérica, sino una relación personalizada en la peculiaridad de cada una de las tres divinas personas<sup>11</sup>.

3. Desde la naturaleza radicalmente cristológica de la relación de María con la Santa Trinidad, aparece María precisamente como la ‘obra maestra’ y el ‘paradigma’ de lo que esa Trinidad quiere realizar en todos y cada uno de los Bautizados. La tipicidad de María como figura y prototipo para todos los seguidores de Cristo, tiene una aplicación clara y prioritaria: la de ser la criatura que tuvo una relación personalizada con las tres Personas de la Trinidad, y muy especialmente con la segunda Persona de esa Trinidad: el Verbo encarnado.

4. En particular, su Maternidad, le hizo descubrir –en el momento mismo de la Encarnación del Verbo– al Espíritu Santo sea como persona divina, sea en su específica acción fecundante y santificadora (Lc 1,34-35). Educada en el judaísmo, el “espíritu de Dios” (‘ruahj jahwe’) era para María, como para todo fiel judío, una nota cualificante de la fuerza creadora del mismo Dios: un atributo divino, pero no una ‘persona’ (cf. Gen 1,2; Sal 8;104). Pero en el momento de la Anunciación el Espíritu se le presenta como una realidad ‘personal’ en la interioridad del mismo Dios: es decir, es una “persona” que, siendo divina como el mismo Padre y el Verbo, tiene su identidad personal y, por consiguiente, también su acción divina específica: iluminar, fortalecer, crear, dar fecundidad. Los dos momentos en los que el Nuevo Testamento presenta a María en relación con el Espíritu (la Anunciación y Pentecostés), son, al mismo tiempo, momentos fecundos de nacimiento y de envío. Gracias al Espíritu, es engendrado y nace Cristo como el “enviado” por excelencia por el Padre para traer la Buena Noticia de la salvación a toda la humanidad (en Nazaret). Y gracias igualmente al Espíritu, es engendrada y nace la Iglesia (en Jerusalén), para el Anuncio de la Buena Noticia del Evangelio hasta los confines de la tierra y de los tiempos. Situaciones ambas, que encuentran en María una concreción y una realización verdaderamente paradigmática: recién convertida en la Madre de Jesús por

<sup>9</sup> Cf. A. VALENTINI, *María secondo le Scritture*, EDB, Bologna 2007, pp. 103-105.

<sup>10</sup> Cf. PABLO VI, Exhortación *Marialis Cultus* 25 (Roma 2 de febrero de 1974).

<sup>11</sup> El jesuita Dionisio Petavio en pleno siglo XVI (1583-1652), dedicó el Libro V, capítulo II de su obra *De Incarnatione* precisamente al tema de la Encarnación del Verbo desde esa clave trinitaria: *Unus de trinitate incarnatus est*.

obra del Espíritu, María se pone en camino para llevar a Isabel (personificación de la Antigua Alianza) la Buena Noticia del Evangelio (cf. Lc 1,39-55).

5. Por otra parte, ante el Misterio de su Maternidad, María manifiesta su profunda y decisiva condición de creyente, que le lleva con frecuencia a vivir como una ‘Madre desconcertada’ más que ‘admirada’. (Cf. Lc 2,33-35.41-52: 4,20-30; Mt 13,53-57: Mc 6,1-3). Ya en el momento de presentar Jesús en el templo para cumplir lo establecido por la Ley para la purificación de las mujeres que habían dado a luz recientemente, María oye lo que San Juan Pablo II calificó

“como un segundo anuncio a María, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumpliría su misión, es decir, la incompreensión y el dolor. Si por un lado este anuncio confirma su fe en el cumplimiento de las promesas divinas de la salvación, por otro, le revela también que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa”<sup>12</sup>.

Su Maternidad le proporcionará con frecuencia oscuridad, dolor y hasta desconcierto<sup>13</sup>, como puso ya de relieve en su día Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater*<sup>14</sup> por cuanto el Hijo realizó, con palabras y con obras, una serie de manifestaciones y comportamientos totalmente inesperados por parte de María y de José, como anota el evangelista Lucas refiriéndose a la voluntaria pérdida de Jesús en el Templo: “Al verlo se quedaron extrañados. (...) Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? (...) ¿Por qué buscabais? (...) Ellos no comprendieron lo que les quería decir” (Lc 2,48-50). Estos comportamientos se repitieron y ampliaron a lo largo de la vida pública de Jesús (cf. Mc 3,20-22).

6. Esa Fe se fue ensanchando y acrisolando a medida que fue avanzando la vida de María, comenzando ya por la larga convivencia en Nazaret durante treinta años (Lc 3,23) en los que “la Madre, está en contacto con la

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 16.

<sup>13</sup> Cf. JUAN PABLO II, *ibid.*,16.

<sup>14</sup> He aquí las palabras del Papa Juan Pablo II en *Redemptoris Mater* 17: “No es difícil adivinar, pues, notar en ese inicio (del Evangelio) *una particular fatiga del corazón*, unida a una especie de ‘noche de la fe’ usando —una expresión de San Juan de la Cruz—, como un ‘velo’ a través del cual hay que acercarse al Invisible y vivir en la intimidad con el misterio. Pues de este modo, María, durante muchos años, *permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo*, y avanzaba en su itinerario de fe. (...) También aquella a la que había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe”.

verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe”<sup>15</sup>. La cercanía del Hijo, sin embargo, no fue siempre aclarando, hasta hacerla evidente a los ojos de la carne, la naturaleza divina del mismo. De hecho, incluso en el momento último de la vida del Hijo, muriendo en la Cruz, María creyó, poniendo así de manifiesto la inmensa profundidad de su fe frente al “completo desmentido”<sup>16</sup> a las ilusionantes palabras del Ángel en el momento de la Anunciación: Lc 1,32-33.

7. La Maternidad de María respecto de Cristo recibió una dimensión de universalidad, precisa y paradójicamente en el momento del fracaso rotundo y al parecer definitivo de aquel Hijo que moría en la Cruz como un ‘maldito’ (Ga 3,13), expulsado literalmente de su pueblo (cf. Hb 13,12). Estando Jesús en la Cruz a punto de morir, es decir, en el momento supremo de su existencia terrena, pronuncia aquellas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,25-27). A partir de ese momento, la madre de aquel ajusticiado se convertía en la madre de todos aquellos que, gracias a esa muerte ignominiosa, serían salvados definitivamente por la sangre de su cruz<sup>17</sup>. La dimensión universal de esa maternidad quedó personificada en la persona de María. Se puede afirmar, por eso, con Juan Pablo II, que

“si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella *emerge* de la definitiva maduración *del misterio pascual del Redentor*. La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre –a cada uno y a todos–, es entregada al hombre –a cada uno y a todos– como madre. Este hombre junto a la cruz es Juan, ‘el discípulo que él amaba’. Pero no está él solo. Siguiendo la tradición, el Concilio no duda en llamar a María, ‘*Madre de Cristo, madre de los hombres*’. Pues está ‘unida en la estirpe de Adán con todos los hombres.; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles’ (Constitución *Lumen Gentium* 54 y 55)”<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *ibid.*, 17.

<sup>16</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 17 y 18.

<sup>17</sup> Cf. la sólida exégesis que hace de este texto de Juan (19,26-28), A. SERRA, *Maria a Cana e presso la Croce*, Centro di Cultura mariana “Madre della Chiesa”, Roma 1978, pp. 89-103. “Es significativo –dice Serra– que siendo Juan la última voz del Nuevo Testamento, la reflexión de la Comunidad cristiana primitiva, al concluir el Canon de los Libros inspirados, haya llegado a comprender incluso la función que le compete a la Virgen en el seno de la comunidad de los creyentes, la Iglesia” (*o.c.*, p.81).

<sup>18</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 23.

8. La amplitud de esta maternidad universal tiene un horizonte que en la Teología de Pablo sobre la Iglesia, encuentra una traducción más concreta: es su dimensión eclesial. La unicidad de la persona de Cristo en cuanto “Verbo-encarnado” en el seno de María y al mismo tiempo en cuanto “Cabeza de la Iglesia”, hace que el misterio de María, ya desde la misma perspectiva de la encarnación, tenga necesariamente su reflejo en el “misterio de la Iglesia”<sup>19</sup>. Efectivamente, por el hecho de ser Madre de Cristo, “Cabeza de la Iglesia”, María se convierte en ‘Madre de la Iglesia’<sup>20</sup>.

9. Por otra parte, “la función materna de María es ilustrada en su relación con la mediación de Cristo”<sup>21</sup>. Aparece en este contexto el serio problema teológico de la colaboración de María en la obra de la reconciliación de los hombres con Dios, gracias a la actuación del único y definitivo Reconciliador que es Cristo. No es el momento de abordarlo aquí en toda su hondura e implicaciones, habiéndolo hecho ampliamente en otro lugar<sup>22</sup>. De todas formas, es preciso dejar constancia de que la acción reconciliadora de Cristo, aún siendo única y determinante, no sólo no excluye la colaboración de María, sino que resulta imprescindible en un doble sentido. Ante todo, porque la maternidad de María en relación con Cristo no fue la mera aceptación de una maternidad exclusivamente física y biológica, sino que fue una aceptación integral, “con todo su yo humano, femenino”, como dijo con gran profundidad Juan Pablo II<sup>23</sup>. Implicó, por consiguiente, la adhesión a todo cuanto podía Ella intuir del misterio de Cristo en el momento de la Encarnación. Se trataba de la aceptación de una maternidad que no dudaríamos en calificar de ‘integral’. Por otra parte, el caso de María, entraba en lo que es la ‘ley general’ de la imprescindible y misteriosa cooperación o sinergia que pide Dios a toda criatura, de tal forma que la acción es, al mismo tiempo, toda de Dios y toda del hom-

<sup>19</sup> Esta visión eclesial del Misterio de María encuentra en el Libro del Apocalipsis (12,1-18) un respaldo y hasta un fundamento de particular fuerza como pone de relieve A. VALENTINI en su obra *María secondo le Scritture*, EDB, Bologna 2007, pp.349-358. Para una presentación más amplia del tema “María, Madre de la Iglesia”, ver mi obra *María, signo de esperanza cierta*, CCS, Madrid 2010, pp. 191-203.

<sup>20</sup> Como se sabe, fue empeño personal del Papa PABLO VI, la declaración de María como “Madre de la Iglesia” (18 de noviembre de 1965), frente a la reticencia que había encontrado en una parte consistente de miembros de la Asamblea Conciliar del Vaticano II. Cf. AAS 56(1964), p.1015; PABLO VI, *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), en “Ecclesia”, n. 1.309 (Madrid 24 de septiembre de 1966), pp. 5-6.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 22.

<sup>22</sup> Cf. A. M<sup>a</sup> CALERO, *María, signo de esperanza cierta*, CCS, Madrid 2010, pp. 317-373.

<sup>23</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 13.



bre: no es posible actuar sin Dios, pero tampoco es posible que Dios actúe sin ti.

10. Ahondando todavía en el Misterio de María, se descubre que esta sencilla y humilde virgen de Nazaret se ha encontrado, por voluntad de Dios, “en el centro mismo de aquellos ‘inescrutables caminos’ y de los ‘insondables designios de Dios’, conformándose a ellos en la penumbra de la fe, aceptando plenamente y con corazón abierto todo lo que está dispuesto en el designio divino”<sup>24</sup>. Y es precisamente desde ahí, desde esa total aceptación del mensaje divino, como “sirvió con diligencia al misterio de la redención con Jesús y bajo Jesús con la gracia de Dios omnipotente”<sup>25</sup>. María, evidentemente, no es el “centro” del misterio cristiano, pero pertenece clara e imprescindiblemente a ese “centro”. El “centro” del Misterio cristiano es indudablemente Cristo. Pero, el Misterio cristiano tiene como punto de partida innegable e innegociable, la verdadera (no aparente), objetiva (no subjetiva) e integral (no parcial) asunción de la naturaleza humana por parte del Verbo en el seno de una mujer: María.

11. De particular interés resulta hacer una lectura en profundidad del Misterio de María desde el Misterio Pascual de Cristo. En efecto, partiendo del Misterio de Cristo, Muerto y Resucitado, Misterio verdaderamente central y genético de todo lo que es la fe y el movimiento cristiano en general, es necesario leer tanto el momento primero de la existencia de María (su concepción en plenitud de Gracia) como efecto anticipado de la fuerza dinamizadora del Resucitado, como el momento último de su existencia terrena (su gloriosa Asunción) como el efecto ya logrado de esa misma fuerza redentora del Cristo Resucitado. “La vida inmortal e incorruptible de la que goza María –dice S. de Fiores– es un don definitivo que le hace Cristo para que Ella, a su vez, haga don de esa gracia a toda la humanidad”<sup>26</sup>.

12. Por todo lo dicho hasta aquí, es posible concluir con Juan Pablo II que, efectivamente, “mediante el misterio del Hijo se esclarece también el misterio de la Madre”<sup>27</sup>. *Ad Mariam per Jesum!*

<sup>24</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 14.

<sup>25</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium* 56.

<sup>26</sup> S. DE FIORES, *Gesù Cristo*, en Id., *María Nuovissimo Dizionario* 1, EDB, Bologna 2006, pp. 737-739.

<sup>27</sup> JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater* 19.

## 2. LUZ QUE RECIBE EL MISTERIO DE CRISTO DEL MISTERIO DE MARÍA

1. La fórmula *Ad Jesum per Mariam* goza de mayor tradición en la historia de la Iglesia, y tiene su indudable fundamentación en el Nuevo Testamento. Efectivamente, ya el evangelista Mateo afirma de forma significativa que los pastores “encontraron al Niño en brazos de su Madre” (Mt 2,11). Semejante apreciación encontramos en el evangelio de la infancia de Lucas, en el que aparece María como portadora del recién nacido en el momento de la circuncisión (Lc 2,22-40), dolorida madre en la pérdida del adolescente Jesús en el Templo (Lc 2,41-52). Jesús aparece en la historia de la humanidad como un ser dependiente de la propia madre, como, por otra parte, es lógico y natural. Por otra parte, María aparece como el camino normal por el que se accede a Jesús a lo largo de toda su vida, no sólo en los primeros treinta años de su vida, sino incluso en momentos puntuales de su vida pública (cf. Jn 2,1-5).

2. Gracias a su Encarnación en el seno de María, Cristo tiene personalmente una verdadera y auténtica condición humana; es verdadero y auténtico hombre “semejante a nosotros en todo menos en el pecado” (Hb 4,15; Flp 2,6-8). Gracias a la Encarnación real y verdadera del Verbo en el seno de una mujer (Ga 4,4-5), no es, por tanto, una realidad mitológica sino absolutamente objetiva. De hecho, Cristo se presentó y fue conocido por sus paisanos de Nazaret como el hijo de María: en esa condición de hijo de María, encuentra Cristo uno de los elementos identificativos de su persona: “¿no es éste, por ventura, el Hijo de María? (Mt 13,55). Más aún, gracias a la Encarnación, Cristo se convirtió, en “protosacramento” de Dios para los hombres: es el ‘signo primordial’ por antonomasia del amor de Dios a la humanidad: “tanto amó Dios a la humanidad, que le dio su propio Hijo” (Jn 3,16; Ef 2,4; Ga 3,20).

3. No fue fácil, a lo largo de la historia de la Iglesia, aceptar la aporación real, verdadera y objetiva, de María al Misterio de Cristo<sup>28</sup>. Esa aporación fue puesta en cuestión desde bien pronto y desde diversos puntos de vista:

3.1. Todas aquellas corrientes de pensamiento (de origen platónico) que veían en la materia (en la corporeidad real y objetiva) un principio negativo indigno de la divinidad (vgr. los docetas), atribuían a Cristo una

<sup>28</sup> Hay que remontarse a los ocho primeros siglos de la Iglesia para constatar el laborioso trabajo que supuso admitir la verdadera y objetiva Maternidad divina de María en relación con Jesús, el Verbo Encarnado. Cf. L. GAMBERO, *Maria negli antichi Concili*, en E. DAL COVOLO-A. SERRA (a cura di), *Storia della Mariologia* 1, Città Nuova, Roma 2009, pp. 431-502.

naturaleza humana sólo aparente: Cristo “aparecía” como hombre pero su verdadera realidad era sólo la divinidad. Tomó por consiguiente de María sólo esa apariencia humana, pero de ninguna forma la realidad objetiva de una naturaleza humana propiamente tal, para ser en todo “semejante a nosotros, excepto en el pecado” (Hb 4,15).

3.2. Por otra parte, los seguidores de obispo Nestorio para el que toda naturaleza era necesariamente persona, al aplicarla a la naturaleza humana de Cristo, hacían de ese Cristo un ser absolutamente anómalo al atribuirle una doble personalidad: la divina y la humana, objetivamente coexistentes en el único ser humano que contemplan nuestros ojos. Se trata, por consiguiente, de un Cristo dual: María, Madre solamente del Cristo-Hombre, no sería ciertamente “Theotókos”.

3.3. En el otro extremo doctrinal se presentó el monje Eutiques enseñando que la naturaleza divina de Cristo era de tal forma invadente y absorbente, que, en definitiva en Cristo no quedaba otra naturaleza que no fuese la divina: la naturaleza humana fue absorbida de forma total y absoluta por la naturaleza divina. Estamos, pues, ante un Cristo tan divino, que deja de ser ‘humano’. De ahí que se ‘esfumase’ la auténtica maternidad humano-divina de María.

3.4. Frente a todas estas posturas doctrinales, la tradición de la Iglesia recogida por los primeros ocho Concilios ecuménicos, fue poniendo de relieve con toda claridad cómo la figura de María había influido y enriquecido de forma objetiva la percepción que la Comunidad cristiana tenía y debía tener del misterio de Cristo. Una de esas conquistas, posiblemente la principal de ellas, es la del Concilio de Éfeso defendiendo y proclamando que María es, en realidad y para siempre, la verdadera THEOTOKOS<sup>29</sup>. Una confesión de fe profundizada y plenamente ratificada por el Concilio de Calcedonia presentando a Cristo “engendrado del Padre antes de los siglos según la divinidad, y en los últimos días, por nosotros y *Theotókos*), según la humanidad”<sup>30</sup>. Se está, con todo, delante “de un solo y mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en dos naturalezas *sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación*”<sup>31</sup>.

4. En continuidad con la mejor Tradición de la Iglesia, el concilio Vaticano II manifestó y puso por escrito en uno de sus Documentos más

<sup>29</sup> Concilio de Éfeso del año 431: DH 251.

<sup>30</sup> Concilio de Calcedonia del año 451: DH 301.

<sup>31</sup> Concilio de Calcedonia del año 451: DH 302. Años más tarde, el Concilio XI de Toledo (año 675), desarrolló de forma amplia la explicación teológica del Misterio de la Encarnación: DH 533-538.

emblemáticos (la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*), una particular sensibilidad respecto al tema de la objetiva condición humana de Cristo. Se dice en efecto en ese Documento:

“En Cristo, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada, también en nosotros, a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”<sup>32</sup>.

5. Al asumir realmente Cristo de María una naturaleza humana personal gracias a la unión hipostática, le permitió unirse misteriosa pero objetivamente con todo hombre. Y gracias a la autenticidad de su naturaleza humana, tomada de María la Virgen, Cristo fue constituido y aceptado por las primeras generaciones cristianas como el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza (Hb 2,5-18). Es digna de tenerse muy en cuenta la antropología cristológica de la Carta a los Hebreos, decisiva a la hora de abordar la naturaleza sacerdotal de Cristo: parte no sólo de su condición divina, sino también y en igualdad de importancia, de su condición humana que le permite ser, como ‘sacerdote de la Nueva Alianza’, compasivo, misericordioso, humilde, cercano, profundamente solidario, porque “él mismo está revestido de debilidad” (Hb 5,2). Una debilidad, como es evidente, heredada de la propia ‘debilidad materna’<sup>33</sup>.

6. De igual forma, la encarnación del Verbo en el seno de María, sigue haciendo posible que Cristo manifieste plenamente el Hombre al propio hombre y le descubra la sublimidad de su vocación como “hijo de Dios”. Así lo afirma bellamente el concilio Vaticano II:

“el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (Rom 5,14), es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la

<sup>32</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* 22; cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor hominis* 13 (Roma, 4 de marzo de 1979).

<sup>33</sup> Sigue teniendo plena vigencia y actualidad el estudio de A. VANHOYE *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo*, Salamanca, Sígueme 1984. Ver particularmente a nuestro propósito, las páginas 123-156.

misma revelación del misterio del Padre y de su amor, *manifiesta plenamente el hombre al propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación”<sup>34</sup>

7. En particular, la realidad de su Encarnación en el seno de María, sus seguidores tenemos la preciosa posibilidad de “santificar desde dentro” la vida de familia: “bajó con ellos a Nazaret y les estuvo sujeto” (Lc 2,50-52). De igual forma, da trascendencia a la familia incluso en su dimensión puramente humana, convirtiéndola de verdad en una “pequeña Iglesia”<sup>35</sup>.

8. Por otra parte, María encontró el origen y la fuente de su plenitud de Gracia desde el primer instante de su existencia terrena en el Decreto divino de la Encarnación del Verbo. En virtud de ese Decreto, María fue predestinada por Dios “antes de prever cualquier mérito por su parte” a ser la mujer llena de la Gracia que concibiera en su seno a Aquel que, lleno del Espíritu Santo, sería reconocido como “el que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29-34). Es este el misterio que, en su formulación negativa, fue definido como ‘dogma de fe’ por Pío IX en 1854 como la “Concepción Inmaculada de María”<sup>36</sup>. De igual forma, en virtud de la real Encarnación de Cristo en su seno, se convirtió María en la primera y principal criatura partícipe de su condición de redimida. Una redención que, al final de su existencia terrena la transformó totalmente, haciendo de ella la primera criatura Asunta al cielo.

9. El misterio de María quedó clarificado y enriquecido por el misterio de Cristo, Cabeza de la Iglesia, en cuanto que ese misterio (la Iglesia) brota del corazón traspasado de Cristo<sup>37</sup> convirtiéndose así María en “primera Iglesia”<sup>38</sup>. La Luz, que es Cristo (“Yo soy la luz del mundo: Jn 8,12), reverbera, ante todo y sobre todo, en la persona de María. Efectivamente, si Cristo quiso que todos sus seguidores fueran realmente “luz del mundo” (Mt 5,14), en cuanto que identificados con Él, sus obras debían iluminar a tantos y tantos como andan en tinieblas (cf. Jn 1,5), con cuánta mayor razón, María, primera y principal seguidora de Cristo, fue y sigue sien-

<sup>34</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* 22.

<sup>35</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II: *Lumen Gentium* 11; *Gaudium et spes* 52; *Presbyterorum Ordinis* 11; *Apostolicam Actuositatem* 11.

<sup>36</sup> Es una declaración dogmática en la que se apela de forma explícita a los méritos previstos de Jesucristo el Verbo Encarnado: “fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, *en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano*” (DH 2803).

<sup>37</sup> Cf. K. KOCH, *La Iglesia de Dios*, Sal Terrae, Maliaño 2014, p. 243.

<sup>38</sup> Cf. J. RATZINGER-H. U. VON BALTHASAR, *María, primera Iglesia*, Narcea, Madrid 1982.

do “luz” que ilumina el camino de todos aquellos que quieren vivir como “hijos de la luz y no de las tinieblas” (cf. Ef 5,8-9; 1Ts 5,5).

10. Finalmente, la Encarnación de Cristo convierte a María en la primera y principal colaboradora<sup>39</sup> de Cristo en la Obra de la reconciliación de los hombres con Dios<sup>40</sup>. Gracias a su estrecha e integral vinculación materna con Cristo —el Mediador único y universal—, María puede ejercer una mediación participada y subordinada en la obra de la Reconciliación de todos los hombres con Dios. El Concilio Vaticano II, después de no pocos y hasta acalorados debates, llegó a la conclusión de que “la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder”<sup>41</sup>. Ella, en efecto, cooperó ciertamente a la obra de la reconciliación de una forma singular, y lo hizo “concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz”<sup>42</sup>. Afirmó y precisó igualmente el Concilio, pensando ante todo en María a la que atribuye una función “subordinada”, que “la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación participada de la única fuente”<sup>43</sup>.

## CONCLUSIÓN: NI MARÍA SIN CRISTO, NI CRISTO SIN MARÍA

Nuestra reflexión llega a su final, constatando, una vez más, que el Cristo en quien creemos y a quien reconocemos como único y definitivo Salvador de todos los hombres y de todo el hombre, no es un Cristo, ‘hombre sólo en apariencia’, y que, como tal, pudiera prescindir sin más de toda relación con una mujer, en cuanto Hijo, con todas las consecuencias que de ello se derivan. En efecto, Cristo sin María no pasaría de ser una pura entelequia sin relevancia humana alguna. Por otra parte, María sin Cristo, pierde toda relevancia y significado en la historia de la salvación. De hecho,

<sup>39</sup> A mi entender es sumamente importante no identificar, antes precisar bien, los términos con los que nos referimos a María en su relación con la obra salvadora de Cristo: corredención, mediación, cooperación, colaboración, etc.

<sup>40</sup> A este importante Tema en el ámbito de la Mariología, le hemos dedicado notable atención en nuestra obra *María, signo de esperanza cierta*, CCS, Madrid 2010, pp. 344-369.

<sup>41</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium* 60. Al siempre interesante tema de la colaboración de María a la obra de reconciliación de la humanidad con Dios Padre, le hemos dedicado particular atención en nuestra citada obra *María, signo de esperanza cierta*, CCS, Madrid 2010, pp. 317-373.

<sup>42</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium* 61.

<sup>43</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium* 62.

“la fijación de la figura de la Madre de Dios junto a su Hijo en las Profesiones de fe y en los Decretos de los Concilios, demuestra cómo la Iglesia estableció puntos doctrinales que no admiten ser vueltos a reconsiderar de nuevo porque la Tradición no es tanto obra de la Iglesia, cuanto más bien el fruto de la acción del Espíritu Santo que guía el camino del Pueblo de Dios, llevándolo de la seguridad del pasado, a la plenitud del futuro”<sup>44</sup>.

Como ha escrito bellamente un teólogo contemporáneo, “en el fragmento que es María, resplandece la belleza del designio total de Dios sobre la creación”, cuyo ‘centro’ es precisamente Cristo”<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> L. GAMBERO, *Maria negli antichi Concili*, en E. DAL COVOLO-A. SERRA (a cura di), *Storia della Mariologia* 1, Città Nuova, Roma 2009, p. 502.

<sup>45</sup> B. FORTE, *La esencia del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002, p. 145.